

# LAS ELECCIONES PRESIDENCIALES DEL ECUADOR EN 2006 Y LA PROPUESTA DE ASAMBLEA CONSTITUYENTE

“Historia y Presente” – PUCE, Taller de Historia Económica (THE)  
<http://the.pazymino.com> - Octubre-noviembre 2006.

**Juan J. Paz y Miño Cepeda**

## I. LA POLARIZACIÓN DEL PROCESO ELECTORAL EN LA PRIMERA VUELTA<sup>1</sup>

El 15 de octubre de 2006 se realizaron en Ecuador las elecciones para Presidente y Vicepresidente (binomio), diputados al Congreso, concejales y consejeros de los gobiernos seccionales y parlamentarios andinos.

Son 13 las candidaturas que compitieron para el Ejecutivo: Rafael Correa de Alianza País (AP), Jaime Damerval por Concentración de Fuerzas Populares, Gilmar Gutiérrez por Sociedad Patriótica, Marcelo Larrea de Alianza Tercera República ALBA, Luis Macas por Pachakutik, Álvaro Noboa del Partido Renovación Institucional Acción Nacional (PRIAN), Marco Proaño del Movimiento de la Reivindicación Democrática (MRD), León Roldós por RED-Izquierda Democrática (ID), Fernando Rosero del Partido Roldosista Ecuatoriano (PRE), Carlos Sagnay por Integración Nacional Alfarista, Lenin Torres del Movimiento Revolucionario de Participación Popular (MRPP), Luis Villacís del Movimiento Popular Democrático (MPD), y Cynthia Viteri por el Partido Social Cristiano (PSC). Esta situación refleja el amplio espectro del multipartidismo ecuatoriano y el nivel al que ha llegado la irresponsabilidad política, alimentada por clubes y empresas electorales, caudillos, personalismos, localismos y regionalismos, incapaces de promover un consenso nacional para la edificación de un país distinto.

El proceso electoral confrontó una serie de realidades. Ante todo, las herencias históricas derivadas del atrasado desarrollo capitalista del Ecuador, la precaria conformación de las instituciones del Estado nacional, un poder político excluyente, una sociedad profundamente dividida y conflictiva, la inequidad nacida de la concentración de la riqueza, la extendida vigencia de la pobreza, el desempleo y el subempleo y el habitual aislacionismo del país en el contexto internacional.

Pero, además, a las herencias históricas se han sumado específicas situaciones nacidas durante los últimos 27 años de democracia electoral. Entre otras: la afirmación de un *modelo empresarial* de desarrollo que ha desatendido la mejora de las condiciones de trabajo y de vida de los trabajadores ecuatorianos incentivando la precariedad laboral y la emigración; la conjugación del problema de la deuda externa con la crisis estructural, las medidas económicas inspiradas en el neoliberalismo y las determinaciones del Fondo Monetario Internacional (FMI); la expansión de los intereses transnacionales así como la incursión de las estrategias internacionales norteamericanas; la presencia de nuevos actores sociales como el movimiento indígena, el movimiento ciudadano y el de las cámaras de la producción empresariales; el apareamiento de localismos o regionalismos de corte autonomista o descentralizador; la influencia de los medios de

---

<sup>1</sup> Artículo escrito en Quito y difundido inicialmente el 9 de octubre de 2006.

comunicación sobre la opinión pública; el crecimiento e irresponsabilidad del multipartidismo político; la desestructuración y “politización” de las instituciones del Estado o el avance de la “cultura populista”.

Es comprensible, por consiguiente, que ante este complejo cuadro de realidades tengan mejores posibilidades de éxito las tesis que reivindican un cambio total frente al pasado, con respecto a aquellas que, de uno u otro modo, insinúan conservar el marco de la institucionalidad existente. Porque la población mayoritaria, que ha sufrido el peso negativo de los supuestos avances del país, no está dispuesta a continuar esperando los publicitados “beneficios” del aperturismo económico, que se han conjugado con la inoperancia gubernamental y la irresponsabilidad ciudadana en la que han derivado los partidos políticos, atrapados por una “clase política” que, sin serlo, obra en el Ecuador como clase dominante.

Bajo estas condicionalidades, las candidaturas se polarizaron en torno a dos posiciones: una, que reivindicó abiertamente los intereses de la empresa privada, el modelo económico aperturista y el régimen político existente (aunque podía admitir algunas “reformas”); y otra, que cuestionó el modelo de desarrollo afirmado en el país durante cerca de tres décadas, postuló una intensa reforma política y reivindicó un nuevo tipo de estructura social.

La primera corriente estuvo representada por las candidaturas de Álvaro Noboa y Cynthia Viteri, mientras que la segunda se expresó en las de León Roldós y Rafael Correa. Las restantes nueve candidaturas no tenían posibilidades de triunfo, aunque entre ellas se encontraba el líder indígena Luis Macas, sin duda identificado con las tesis de un cambio profundo y necesario en Ecuador; la de Luis Villacís, patrocinada por un partido considerado de izquierda radical y con larga trayectoria activista; Gilmar Gutiérrez, hermano del derrocado presidente Lucio Gutiérrez (2003-2005) que simplemente pretendía un espacio político, tanto como el “eterno” diputado Marco Proaño Maya; o Fernando Rosero, auspiciado por el populista partido de Abdalá Bucaram, otro presidente (1996-1997) derrocado por su corrupto y corruptor régimen, actualmente radicado en Panamá y desde donde participaba en la campaña enviando cuñas publicitarias que exaltaban su imagen.

Apenas un mes antes de las elecciones, las previsiones políticas y las encuestas de todo tipo ubicaban a los candidatos en el siguiente orden: León Roldós, primero; luego Cynthia Viteri, seguida por Rafael Correa y al final Álvaro Noboa. Pero la situación cambió en forma acelerada e imprevista. Roldós alcanzó un techo de adhesiones que no sobrepasó y que incluso tendió a bajar; Correa experimentó una subida constante y rápida; Viteri comenzó a disminuir y Noboa a crecer en forma impresionante. A una semana de las elecciones se creía que Correa estaría en primer lugar, que el segundo lo disputarían Roldós y Noboa, con probable ventaja para este último y que la candidatura de Viteri se derrumbaba. Incluso se especuló sobre la posibilidad de que Rafael Correa triunfe en la primera vuelta y también que Álvaro Noboa gane a León Roldós.

La percepción generalizada, alimentada por las encuestadoras políticas y únicamente sobre las cuatro candidaturas anotadas, se hizo evidente entre los medios de comunicación nacionales. Y también en el exterior, pues la CNN organizó en Quito, el 5 de octubre, un foro presidencial al que invitó exclusivamente a los cuatro candidatos nombrados, considerados definitivamente con opciones seguras.

Además de este fenómeno, la polarización electoral se expresó en torno a pocos temas. El más significativo era el de la reforma política y, hasta cierto punto, pasaron a segundo plano las cuestiones económicas y sociales. El debate sobre la reforma política se concentró en la posibilidad de realizar una *asamblea constituyente*. El planteamiento lo introdujo Rafael Correa quien levantó su campaña sobre la base de fuertes críticas a la “partidocracia” y al Congreso, institución cautiva por los partidos políticos tradicionales que, según reiteraba Correa, son los que, además de violar la Constitución a su gusto y conveniencia, han impedido cualquier reforma política, sin la cual no sería posible la efectiva acción de gobierno. El candidato de AP propuso a sus electores la convocatoria inmediata a una *asamblea constituyente* y, además, de “plenos poderes”, para que realice la reforma política que el país requiere para no seguir atrapado en manos de la partidocracia. Correa también cuestionó la marcha económica del Ecuador con críticas al aperturismo indiscriminado, al modelo neoliberal y al papel del FMI; se reconoció como crítico de la dolarización, llegando a afirmar que ella es insostenible en el largo plazo, pero que la mantendría; declaró que no suscribirá el TLC (tratado de libre comercio) con los Estados Unidos, que no abrirá el país indiscriminadamente al capital extranjero y que, observando la Constitución, mantendrá los recursos naturales como el petróleo en manos del Estado. Su programa postulaba una revolución en el ámbito social, en el constitucional, la ética, la producción, la soberanía y la integración latinoamericana. Correa reconoció su clara identidad con los procesos de cambio en América Latina promovidos por Hugo Chávez (Venezuela), Evo Morales (Bolivia), Nestor Kirchner (Argentina), Luis Inacio Lula da Silva (Brasil), Tabaré Vázquez (Uruguay) y Michelle Bachelet (Chile).

León Roldós, por su parte, planteó la inconveniencia de una asamblea constituyente y mucho menos si es de “tema libre”. Aseguraba desear el cambio, pero dentro de la institucionalidad y la democracia. Ofrecía proponer la reforma política al congreso y, de no ser aceptada, convocar a una consulta popular sobre la misma. En otros temas, Roldós se pronunció por mantener la dolarización, renegociar el TLC en términos convenientes al país y que el pueblo se pronuncie sobre ello, garantizar una “genuina” inversión de capitales nacionales y extranjeros. Su programa ofrecía algunas reformas sociales.

Álvaro Noboa y Cynthia Viteri coincidieron en no convocar asamblea constituyente alguna. Defendieron al congreso y a la institucionalidad del país; sin embargo, estaban de acuerdo en despolitizar o “despartidatizar” las principales instituciones públicas, como el Tribunal Constitucional, el Tribunal Supremo Electoral y las cortes de justicia, cuestionados por la ciudadanía por subordinar sus actuaciones a la influencia de la clase política. Ambos candidatos rechazaban los cambios radicales que generen “violencia” y atenten contra el “orden” democrático; defendían la inversión privada, la apertura al capital extranjero, la inserción del país al mundo globalizado. Eran partidarios totales de la dolarización y de la suscripción de un TLC con los Estados Unidos, aunque se cuidaban, a renglón seguido, de rechazar “imposiciones” o proclamar “relaciones igualitarias”; hablaban de “seguridad jurídica” para los capitales, ofrecían reducir la burocracia y, desde luego, fomentar el modelo económico basado en la empresa privada. Álvaro Noboa sostuvo, además, que el Estado sólo limita a las actividades de los inversionistas y afecta a la empresa privada, anunciando que reduciría el impuesto a la renta y proclamando la necesidad de una educación que forme mejores camaroneros, carpinteros, albañiles, trabajadores, etc., llegando a sostener que debe acabarse con la

“educación académica” que pertenece al pasado. Mientras Cynthia Viteri decía que se impone la reingeniería en Petroecuador y que el Estado debiera “controlar” los hidrocarburos, Álvaro Noboa sostuvo, frente al petróleo (que es el primer producto de exportación del Ecuador), total “empresa privada y mercado libre”.

Ahora bien, más allá de las declaraciones y propuestas, también es preciso comprender y descubrir otros elementos de consideración.

Álvaro Noboa es el mayor exportador de banano del país y uno de los primeros multimillonarios de América Latina. Él mismo se reconoce como el mayor inversionista del Ecuador. Apelaba a esta condición para argumentar que, sabiendo hacer la riqueza y habiendo dado trabajo a miles de personas, es él quien sabría cómo generar la riqueza y el empleo que Ecuador necesita. Se jactaba de que su millonaria campaña no tenga otros “contribuidores” precisamente como una muestra de independencia frente a futuros “compromisos”. Sus millones bastan. Recorrió el país repartiendo billetes y camisetas, obsequiando computadoras, sillas de ruedas para discapacitados, herramientas de trabajo para microempresarios. En su publicidad destacó los mecanismos que le permitirían dar vivienda barata y empleo. Invocaba a Dios y hasta rezaba en las concentraciones masivas. Es un personaje que ha intentado captar la presidencia de la república desde el año 1998 y que llegó a la segunda vuelta en las elecciones de 2002, habiéndolas perdido frente a Lucio Gutiérrez. Continuó patrocinado por el PRIAN, una verdadera empresa electoral que él mismo creó y mantiene. Noboa tiene más aceptación en la Costa que en la Sierra o el Oriente, aunque era incierto el grado de apoyo que tendría entre el dividido empresariado costeño. Pero era previsible que, de pasar a la segunda vuelta con Correa, los grupos de poder económico y político apoyarían su elección ante el “terror” que les inspiraba el candidato de AP. No habría sido igual la situación si la segunda vuelta quedaba entre Noboa y Roldós, pues este último no generaba las resistencias que tenía Correa

León Roldós fue Vicepresidente de la República en el gobierno de Osvaldo Hurtado (1981-1984) y ex diputado del Congreso. Largo tiempo militó en el Partido Socialista, del que finalmente se separó. Para las elecciones del 2006 fue auspiciado por el incipiente movimiento denominado RED Ética y Democracia, y por la ID, uno de los partidos tradicionales del Ecuador, que nació en los años setenta del pasado siglo, identificado ideológicamente con la socialdemocracia y que siempre tuvo mayor raigambre en la Sierra.

Cynthia Viteri apeló a su experiencia como diputada y a su género, tratando, en este caso, de despertar el voto femenino. Le auspició su partido, el Social Cristiano, arraigado en la Costa y particularmente en Guayaquil, que expresa claramente la visión y los intereses de los poderosos grupos empresariales de esa región. La historia contemporánea de ese partido está ligada al gobierno de su caudillo León Febres Cordero, quien ocupó la presidencia del Ecuador entre 1984-1988 y que abiertamente afirmó el *modelo empresarial* de desarrollo del país, bajo el cual la economía fue reencauzada en contra de los intereses estatales y nacionales, quedó afectada la democracia, se agravó la situación de las clases trabajadoras y se ejerció un grave autoritarismo. Fue tan deteriorada la situación nacional que el Congreso de la República, mediante resolución del 21 de enero de 1987, solicitó la renuncia de Febres Cordero, en consideración a las sistemáticas violaciones gubernamentales a la Constitución, la corrupción generalizada y la violación de los derechos humanos. En la

historia del Ecuador nunca se dio un pronunciamiento semejante del Congreso. Por supuesto, León -así se lo trata generalmente- no renunció.

Pero la sombra de Febres Cordero persiguió a la candidatura de Cynthia Viteri. En Guayaquil, donde la fama del caudillo tiene raíces en la impresionante modernización de la municipalidad y el progreso material que logró la ciudad durante su alcaldía (después de su presidencia), el PSC es hegemónico y Cynthia -así se presentaba en campaña- tuvo amplio apoyo. Sin duda, también existía apoyo en la región Litoral, donde el PSC ha mantenido extendido control. Pero esa preeminencia partidista ha sido disputada por el PRE y por el PRIAN. Y en el resto del país, particularmente en la Sierra, el PSC no tiene igual potencia, al propio tiempo que Febres Cordero suele ser seriamente cuestionado y no bien recordado en la región, aunque existe admiración y respaldo entre los altos grupos del poder económico serranos.

Durante la campaña, no quedó clara la distancia entre Cynthia Viteri y Febres Cordero, quien participaba como candidato a la diputación. Ella decía contar con el apoyo del PSC, aunque hubo opiniones que ponían en duda ese total respaldo y el del empresariado. La candidata defendía al partido y a su caudillo. Pero en la última semana electoral fue Febres Cordero quien desplazó de la campaña a Cynthia, pues es él quien hacía las declaraciones de prensa, tenía prioridad en los noticieros de televisión y protagonizaba directamente el enfrentamiento y la “campaña sucia” contra Rafael Correa, a quien León calificó como “comunista solapado”. Estos eran los factores que provocaban el derrumbe de la candidatura de Viteri, al menos en la apreciación colectiva inducida por las encuestadoras políticas. Además, a la hora de las diferencias con Álvaro Noboa, este magnate resultaba frontal y directo en ofrecer una economía de mercado empresarial libre, en tanto Cynthia Viteri redondeaba algunas fórmulas a fin de no descartar cierto mensaje “social”.

Rafael Correa, un joven economista titulado en Europa y los Estados Unidos, se había distinguido como académico e investigador y se definía como “humanista cristiano de izquierda”. Fue Ministro de Economía. Le auspició Alianza País, un naciente movimiento político, y a su candidatura se unió el Partido Socialista del Ecuador, antiguo (fundado en 1926) pero hoy pequeño y sin mayor influencia. Correa reivindicó a los movimientos sociales y convocó a la participación ciudadana, de manera que su primacía en las encuestas y la opinión pública provenía de un creciente respaldo popular, que se identificó con sus tesis contra la partidocracia y contra el modelo económico que ha seguido el Ecuador. Sus amplios conocimientos sobre la economía y la realidad nacional prevalecieron en los medios de comunicación frente a los otros candidatos. Fustigó directamente a León Febres Cordero y criticó al PSC tanto como a la ID, partidos a los que consideraba tienen responsabilidad en la negativa marcha del Ecuador.

La sensación existente sobre su posible triunfo era tan generalizada que la consigna del momento parecía ser “todos contra Correa”. En efecto, lo que primero se dijo de Correa es que se trata de un “populista de izquierda”. A renglón seguido se le comparó con Hugo Chávez y se habló del peligro “chavista” en el Ecuador. Incluso se llegó a afirmar que la campaña de Correa estaba financiada por Chávez y por Cuba. Se le tenía como un “outsider”, un “anti-stablishment” y “anti-partido”. Había poca credibilidad en las posibilidades de su triunfo. Pero en el último mes electoral, cuando se volvió evidente el despegue de la candidatura, comenzaron las preocupaciones. Dirigentes de las cámaras

de la producción pintaron un panorama apocalíptico para la empresa privada y las inversiones extranjeras si es que triunfaba Correa. Cuestionaron el “estatismo que se nos viene” y las tesis del candidato sobre la dolarización, el TLC, el aperturismo económico, el nacionalismo petrolero o su reivindicación de la soberanía ecuatoriana frente a los Estados Unidos. Pero también como ellos, líderes de los partidos tradicionales y hasta editorialistas, conductores de programas, comentaristas o analistas de distintos medios de comunicación invocaron la necesidad de respetar la democracia contra la que, según su opinión, atentaba la convocatoria a la asamblea constituyente planteada por Correa; proclamaban la defensa de la seguridad jurídica, la tranquilidad para el país, el peligro de los cambios radicales y hasta violentos. Algunos acudieron a la “psicología”: Correa es autoritario, no escucha críticas, es arrogante, impulsivo y se contradice en sus declaraciones. Se le atribuía sostener que terminará con la dolarización, confiscará bienes, acabará con las instituciones y se proclamará dictador. En nada valían las declaraciones contrarias de Correa, sus pronunciamientos abiertos y frontales, ni el programa que difundió junto con sus principales colaboradores.

Es sintomático que nada se haya dicho de las otras 12 candidaturas y mucho menos sobre las 3 consideradas con opciones electorales. No hubo ataques beligerantes para Noboa, Roldós ni Viteri. También era sintomático que la “campaña sucia” solo tenga por miras a Correa. Incluso León Roldós, que provenía de una militancia en la izquierda y que, por tanto, se supone que posee sentido ideológico, en cierto momento habló del peligro “fascista” e insinuó a “Hitler”, como aludiendo a la candidatura de su adversario. Un spot de televisión que pedía el voto por Roldós utilizó la imagen del fútbol para concluir que con el “jugador” Correa solo vendría la violencia.

Pero los mayores ataques provinieron del PSC. Cynthia Viteri no desperdiciaba ocasión para referirse contra Correa y sus tesis. Sin embargo, quien salió al combate con denuncias “documentadas” fue León Febres Cordero, en el mismo y viejo estilo con que casi tres décadas atrás arremetía contra Jaime Roldós y particularmente contra Osvaldo Hurtado, a quien el caudillo socialcristiano consideraba “filocomunista”, al propio tiempo que sus partidarios y la alta elite empresarial vinculada a iguales intereses, intentaban aterrorizar al país argumentando contra el “peligro” de reproducir en Ecuador la experiencia socialista de Salvador Allende. En aquellos años, se decía que Jaime Roldós y Osvaldo Hurtado, jóvenes y nuevos en la política, nada conocían pues no sabían administrar “ni la tienda de la esquina”. Hurtado, además, era acusado por Febres Cordero como simple “libresco”. Los socialcristianos y los hombres de empresa que les rodeaban eran sabios y se presentaban como redentores del país y únicos capaces de crear riqueza y trabajo.

En ese mismo viejo estilo febrescorderista era atacado Rafael Correa. Durante los últimos días de campaña incluso aparecieron en la televisión una serie de cuñas publicitarias presentadas por “movimiento libertario” y “ciudadanos por la paz” que, del mismo modo como en el pasado se presentaba a la figura de Hurtado (y años después a Rodrigo Borja, líder de la ID) con contornos terroríficos, se presentaba a Correa en medio de escenas tenebrosas, violentas y sangrientas. Para este escenario sirvió, con una oportunidad inmediatamente aprovechable, las declaraciones poco felices de Correa en el sentido de que las FARC de Colombia no eran terroristas sino un grupo guerrillero, que era el Estado del Ecuador el que mantenía esa tesis y que reconocerlas como terroristas habría involucrado al país directamente en el Plan Colombia.

La “campaña sucia” a la que está acostumbrada la derecha económica y política del Ecuador también prosiguió vía telefónica, por correos electrónicos, con grafitis en las paredes de las ciudades, por Internet y utilizando medios de comunicación. El propósito era impedir, por cualquier medio, que gane Rafael Correa. Si hubiera existido la intuición política de que León Roldós triunfaría en las elecciones presidenciales no hay duda que toda la campaña se habría volcado en su contra. Igual, aunque con menos “preocupaciones” probablemente habría ocurrido frente a Álvaro Noboa. En todo caso, por pertenecer y defender los principios de la oligarquía ecuatoriana, a la derecha económica y política del país no le significaba peligro alguno un eventual triunfo de Noboa. De manera que sólo Cynthia Viteri apareció como la candidata ideal para proteger el orden, la institucionalidad, la democracia, la seguridad jurídica, la inversión privada, la macroeconomía, la incorporación al mundo globalizado, el TLC, la dolarización, las buenas relaciones con los Estados Unidos, la lucha contra el narcotráfico, el combate a la corrupción, que son los componentes de la “democracia” defendida por la derecha económica y política del país.

La polarización entre las dos candidaturas “empresariales” y las otras dos candidaturas reformistas pesó en el proceso electoral del Ecuador contemporáneo. Entre Rafael Correa y León Roldós existía, sin embargo, una serie de planteamientos y puntos de vista coincidentes. Sus candidaturas contaron con equipos de gente honesta, académicos, intelectuales y políticos destacados. Sin duda lograron un respaldo amplio aunque dividido entre las capas medias. No eran los candidatos ideales de las elites dominantes. Estaban conectados con los necesarios e impostergables cambios que requiere Ecuador. Pero existía una profunda diferencia entre los dos candidatos al momento de definir su acción política. Para León Roldós, el cambio debía operar dentro de la institucionalidad existente, con los mecanismos que la democracia y la constitucionalidad han establecido. Para Rafael Correa, por su parte, el cambio implicaba una transformación del poder real, mediante una revolución ciudadana que acabe definitivamente con la hegemonía oligárquica, la rendición del Ecuador ante las fuerzas externas del mercado y de la vorágine globalizadora y a un modelo de desarrollo perverso y de democracia estrangulada por la partidocracia.

Roldós se cuidó de proclamas radicales y procuró sortear definiciones comprometedoras, en tanto Correa resultó frontal, directo y radical. Esas posturas son las que también marcaron las distancias y las previsiones, que advertían un amplio margen electoral entre ambos, pero a favor de Correa. El eventual triunfo de Correa cabía entenderlo, por otra parte, como un verdadero plebiscito nacional de aceptación de sus tesis y, sin duda alguna, por la convocatoria a una asamblea constituyente, ya que ésta fue la consigna más importante de su campaña. Entonces se habría visto que la resistencia a los cambios, como ha ocurrido durante toda la historia ecuatoriana, no provenía del pueblo que los exige y por los cuales se pronuncia, sino por quienes controlan el poder económico y político, al que defenderán por cualquier medio, sin excluir, naturalmente, la conspiración y la desestabilización gubernamental.

En todo caso, solo el 15 de octubre quedó como la fecha clave para saber por quién se pronunciaría la mayoría del país.

## II. LA POLARIZACIÓN DEL PROCESO ELECTORAL EN LA SEGUNDA VUELTA: “Todos con Álvaro Noboa”<sup>2</sup>

Los resultados parciales de las elecciones de primera vuelta realizadas en Ecuador el 15 de octubre, ubicaron a los candidatos presidenciales en el siguiente orden: Álvaro Noboa, triunfador con un 26 % de la votación, seguido por Rafael Correa, con un 23%; en tercer lugar Gilmar Gutiérrez con 17%, luego León Roldós con 15%, después Cynthia Viteri con 9%, y sucesivamente hacia el final: Luis Macas, Fernando Rosero, Marco Proaño, Luis Villacís, Jaime Damerval, Marcelo Larrea, Lenin Torres y Carlos Sagnay (*www.tse.gov.ec*).

Apenas una semana antes las tendencias electorales hicieron prever que Correa y Noboa pasarían a la segunda vuelta, pero con mayores posibilidades de triunfo para el primero. Nadie esperó que Gutiérrez, patrocinado por Sociedad Patriótica y hermano del derrocado Lucio Gutiérrez, alcanzara el tercer lugar, incluso sobre Roldós y sobre Viteri. Y, por tanto, tampoco se esperó que Cynthia Viteri quedara en el quinto lugar.

¿Qué es lo que provocó los cambios tan imprevistos en apenas una semana? Según aquellos editorialistas, comentaristas, comunicadores y analistas de diversos tintes fascinados con la psicología individual o los aspectos de campaña y marketing político, los resultados se debieron a las diferentes estrategias de discurso y propaganda, las personalidades o los carismas, las fórmulas clientelares empleadas, los pronunciamientos radicales o prudentes, las habilidades para lograr alianzas. Hablaron igual de “populismo” de derecha o de izquierda. Comparaban adherencias y resistencias. Especulaban sobre paz, orden o desorden.

Pero lo que está más allá de esas visiones simplistas es que el proceso electoral, como ocurriera en la época de la campaña electoral y presidencia de León Febres Cordero (1984-1988) despertó una serie de fuerzas sociales que se alinearon en torno a los dos candidatos finalistas. Como en todo proceso electoral lo que entró en juego fue una disputa por la dirección del poder político.

Rafael Correa, al cuestionar a la “partidocracia”, criticar el desarrollo económico del país bajo los términos y perspectivas del neoliberalismo aplicado en Ecuador, enfilarse contra Febres Cordero y el Partido Social Cristiano (PSC), que es uno de los principales responsables de la desinstitucionalización estatal y de la desestructuración de la vida política nacional en los últimos 27 años; al hablar contra el dominio oligárquico, propugnar el nacionalismo, reivindicar a los movimientos sociales populares, cuestionar el carácter de las relaciones internacionales y las políticas hegemónicas del gobierno norteamericano sobre América Latina, plantear la reforma política sustancial y proponer una revolución ciudadana que permita la construcción de una democracia social, despertó, ante todo, la inquietud y hasta el verdadero “pánico” de la derecha económica y política del Ecuador.

Era lógico, en tales condiciones, que esa derecha, asustada con un posible triunfo del “comunismo” de Correa, se una a la candidatura de Álvaro Noboa, que, por sus propias declaraciones, ofrecía, en definitiva, “mercado libre y libre empresa”. Este ofrecimiento, naturalmente, no debiera llamar la atención en un mundo globalizado, signado por el

---

<sup>2</sup> Artículo escrito en Quito y difundido inicialmente el 18 de octubre de 2006.



neoliberalismo y arrastrado al desarrollo económico bajo hegemonía del mercado libre y la libre empresa. Pero hay que identificar bien qué ha significado en el pasado y qué significa en el presente un modelo de tal naturaleza en el país.

En Ecuador no existe una derecha económica y política capaz de modernizar al país en los términos pregonados y menos aún en la vía de las sociedades capitalistas con mayor bienestar, como ocurre en Canadá o Europa e incluso, de algún modo, en los Estados Unidos o en Chile, en Latinoamérica. En Ecuador la “modernización” ha sido entendida por esos grupos de poder como afirmación de los más altos negocios empresariales, para quienes el mercado libre, la iniciativa privada, la apertura a la globalización, así como los vínculos económicos con los Estados Unidos y la suscripción de un TLC, son las prioridades. No les preocupa los intereses del Estado nacional ni de la mayoría de la población. No se consideran ni consultan las economías campesinas o de las comunidades indias, las demandas de los medianos y pequeños empresarios o de los microempresarios. Importan menos los derechos laborales, los trabajadores estatales, la situación de las clases medias.

Durante las últimas décadas los valores y principios de esos grupos dominantes han orientado e inspirado las políticas económicas, condicionando a los sucesivos gobiernos constitucionales. Y los resultados sociales han sido ruinosos. Ecuador, además de país endeudado externamente, ocupa hoy uno de los primeros lugares en inequidad en el mundo, el desempleo y el subempleo han alcanzado un promedio histórico entre el 60% y 70% de la población activa, la pobreza y la miseria se extendió entre los sectores más marginados como ocurre entre diversas regiones de población indígena, la educación fue afectada, la seguridad social prácticamente ha sido desmantelada y la precarización laboral se agravó y corre el riesgo de agravarse aún más, pues las cámaras de la producción (gremios empresariales) aspiran a una “flexibilización” del Código del Trabajo que garantice la tercerización, el trabajo por horas, la supresión o disminución del reparto de utilidades empresariales entre los trabajadores, facilidades para el despido, salarios vinculados con la “productividad laboral”, etc. Es decir, un conjunto de recetas que en lugar de promover y proteger al sector laboral, lo colocan en situación débil, liquidando los principios laborales universalmente admitidos. A ello hay que sumar la baratura de la mano de obra, pues el salario mínimo vital referencial es de \$ 4.00 (¡cuatro!) dólares mensuales, la remuneración unificada básica es de \$160,00, muy por debajo de la canasta general básica que es de \$ 450.83 y la canasta familiar vital de \$ 304,53 mensuales. A esto se considera una “ventaja comparativa” para que los sectores productivos puedan ser “competitivos”. Y, sobre todo, la imparable emigración de ecuatorianos y ecuatorianas, fenómeno inédito en la historia nacional desde 1990, que aspiran a encontrar en España y otros países europeos no solo empleo, sino, ante todo, un mejor salario y mejores condiciones de vida y de trabajo que la derecha económica y política les ha negado en 27 años de constitucionalismo y democracia electoral.

En contraste, se presentan como estables y dignos de defensa los “logros” de la macroeconomía, el puro crecimiento del PIB, el auge exportador, el simple equilibrio fiscal y hasta el consumismo extendido o la supuesta “disminución” de los índices de pobreza urbana, todo lo cual -que es un fenómeno de la coyuntura- se pondera como “estabilidad” y “orden”.

La derecha económica y política del país comprendió el peligro que representaba para sus intereses el pronosticado y hasta previsto triunfo electoral de Rafael Correa. El PSC reprodujo una estrategia de ataque contra este candidato ya aplicada desde la época del combate al binomio Jaime Roldós-Osvaldo Hurtado. De una u otra manera, en forma conciente y directa o en forma indirecta, quienes decidieron enfrentar a Correa bajo el supuesto de su inevitable triunfo, alimentaron esa consigna generalizada que resultó, en los hechos, la de “todos contra Correa”.

No hubo empacho alguno en la derecha económica y política para abandonar a su candidata Cynthia Viteri y volcarse al apoyo de Álvaro Noboa, a tal punto que la candidata socialcristiana fue sobrepasada incluso por Gilmar Gutiérrez y, para asombro nacional, perdió en el Guayas, la provincia dominada por el PSC y perdió también en Guayaquil, la ciudad bajo control político socialcristiano, ligado a la cúpula del caudillo Febres Cordero. Un periodista de amplia trayectoria en la televisión ecuatoriana, no dudó en advertir, a pocos días de las elecciones, del pacto al que había arribado la derecha para preservar su poder traicionando a Cynthia, y denunció, en esos mismos días, las irregularidades electorales en cuya trama se involucraría al Tribunal Supremo Electoral (TSE) y, sobre todo, a la empresa E-Vote, encargada del conteo rápido. Las irregularidades del proceso electoral llegaron a tal extremo que hasta la mañana el miércoles 18 de octubre, el país no conocía datos definitivos oficiales sobre Presidente y Vicepresidente y prácticamente nada sobre los diputados y las otras dignidades locales. Todos los periódicos del país daban cuenta del escándalo y la burla protagonizada por la empresa mencionada y el irresponsable papel del TSE. Esto dio lugar a protestas ciudadanas y a que se empiece a hablar de fraude electoral. Desde antes, Rafael Correa también había denunciado a la “derecha mafiosa” del Ecuador y el escandaloso fraude que preparaba.

Concedor de su victoria, Álvaro Noboa expresó que buscaría el apoyo de otras fuerzas y especialmente hizo referencia a que es “natural” que los socialcristianos le apoyen en la segunda vuelta. Acusó a Correa de “comunista”, dijo que tendrá que ir a vivir en Cuba, amenazó con perseguir a los opositores y ofreció “autoridad”. A su vez, dos altos dirigentes del PSC, incluido su presidente nacional, dijeron -aludiendo a Correa- que no votarían a favor de quien proclama la anarquía, el caos, la confrontación y considera guerrilleros y no terroristas a las FARC. Más allá de esas declaraciones, era evidente que la derecha económica y política ya se había unido con Noboa y que lo sostendrían para el triunfo en la segunda vuelta. Al fin y al cabo Noboa defiende los mismos intereses oligárquicos, no representa peligro alguno a este sector y las diferencias “personales” se superan al momento en que están bajo la mira los buenos negocios.

Hay una multiplicidad de aspectos a considerar con respecto a los resultados electorales. Cabe advertir, por ejemplo, la persistente regionalización política del país, ahora con el protagonismo de la Amazonía que votó por Gutiérrez, hombre de su región. También que ni entre la población indígena hubo unidad a favor del candidato Luis Macas, quien perdió en provincias centrales del país donde es fuerte la presencia indígena y donde increíblemente ganó Gilmar Gutiérrez, hermano de quien los indios, apenas un año atrás, calificaron como “traidor” a su movimiento. Y llama la atención que en El Oro, la provincia bananera del Ecuador y donde se conoce más que en cualquier otro lugar al magnate Álvaro Noboa, haya triunfado Rafael Correa.

Pero lo que ha quedado definitivamente en juego es la polarización entre un candidato que representa a las fuerzas despertadas por la “radicalidad” de Correa y las otras fuerzas de la “revolución ciudadana” despertadas por este nuevo político y el proyecto que presentó al país.

El triunfo de Álvaro Noboa habría representado una nueva versión del gobierno febreorderista de 1984-1988 y con ese mismo estilo autoritario y represor. La nación ya experimentó ese “modelo”.

Rafael Correa aseguró haber “ganado” en la primera vuelta y consideró como un triunfo inédito el haber llegado a la segunda, argumentando que enfrentaba a las fuerzas más poderosas del país, a las que él consideró haber derrotado con independencia de la “partidocracia”, sin componendas ni pactos, pero sí con un mayoritario respaldo ciudadano, cansado de la clase política.

La polarización electoral, por consiguiente, no era un fenómeno de campañas erradas o buenas. En aquellos días, la derecha se preparaba a no dejarse arrebatar el poder político consolidado durante cerca de tres décadas, luego de las dictaduras petroleras de los años setenta. Y todo proyecto que se les enfrentaba, llámese como se llame, correría igual suerte. Es en ese marco donde cabía ubicar el eventual triunfo del reformista León Roldós, a pesar de su moderación política. O quizás un avance de la candidatura de Luis Macas y el “peligro” de un gobierno indio. De manera que, en la confrontación por el poder la nueva consigna de “todos con Noboa” debía ser bien advertida como un riesgo para el futuro próximo del Ecuador.

Ante el panorama descrito, con fuerzas poderosas ya alineadas, también es preciso preguntarse sobre el papel y la alineación que adoptarían las otras candidaturas perdedoras identificadas con la izquierda y con la centro izquierda, sus militancias, así como aquellos intelectuales y académicos que, aunque decían identificarse con estas tendencias, hicieron verdaderos malabares ideológicos para “entender” y “explicar” la ubicación política del proyecto representado por Rafael Correa. La alineación derechista sin duda desafiaba particularmente a León Roldós, la RED que lo apoyó y el partido Izquierda Democrática, cuya militancia, convencida de querer mantener los principios ideológicos que inspiraban a su organización, se fraccionó para apoyar a Rafael Correa. Pero, finalmente, se conoció que la ID decidió apoyar a Correa, en tanto León Roldós pasó a realizar declaraciones contra este candidato. Quedaba abierta la demanda por definiciones políticas y toma de posiciones electorales, que solo la segunda vuelta del 26 de noviembre descubriría.

### III. ECUADOR: ¿ENTRE DOS PROYECTOS POPULISTAS?<sup>3</sup>

En Ecuador se difundió la idea de que, tras la primera vuelta electoral, el país debía optar, para la segunda vuelta, por dos candidatos a la presidencia: Álvaro Noboa, identificado como “populista de derecha” y Rafael Correa, tratado como “populista de izquierda”. Pero, ¿era correcta esta apreciación?

La idea proviene tanto de los análisis que realizan en los medios de comunicación una serie de editorialistas, comentaristas y presentadores de programas, como de aquellos que realizan algunos intelectuales y académicos.

En tales análisis predomina, en primer lugar, la consideración de la figura personal. Interesa el “perfil” del candidato, su trayectoria política, algunos rasgos biográficos, su imagen y, sobre todo, los valores o defectos que pueden destacarlo frente a los otros. En la era de la globalización, una revista seguramente consideró muy “moderno” aplicar a Noboa y Correa la técnica FODA, empleada en la administración de empresas. Otra publicación acudió al apoyo de una psicóloga profesional para “entender” las dos candidaturas.

Este tipo de enfoque individualista, tan tradicional en el país, tiene una larga trayectoria. Así, los manuales y textos sobre historia generalmente han tratado a los políticos y a los gobernantes ecuatorianos como individualidades gestoras de los procesos nacionales. El análisis de las personalidades ha conducido a interpretaciones por demás llamativas. Wilfrido Loor, por ejemplo, sostuvo en su obra sobre Eloy Alfaro (1947), que este líder acabó con la libertad y la democracia en Ecuador. Tratando de explicar su comportamiento político gubernamental, encontró que lo que el caudillo liberal había realizado era consecuencia de haberse criado en un mal ambiente tanto familiar como regional, así como de haber forjado una personalidad turbulenta, proclive a la violencia, pero con defectos y virtudes.

Desde otra perspectiva, bien podría tomarse los libros del liberal Juan Montalvo sobre la personalidad política de Gabriel García Moreno o del “mudo” Ignacio de Veintemilla. O ciertos análisis que, sobre el mismo personaje, hicieron los ideólogos liberales Abelardo Moncayo, José Peralta o Roberto Andrade.

A José María Velasco Ibarra se le ha dedicado numerosas obras, en las que suele predominar el análisis político desde la perspectiva del caudillo, su “carisma” y hasta el don de su lenguaje altamente retórico en filosofía especulativa.

Ahora bien, no hay duda en la historiografía latinoamericana sobre el papel e influencia que tienen las personalidades en los acontecimientos de la región. Pero también, en contraste con los enfoques “personalistas”, ya desde los albores de la ciencia social en Ecuador, cuando el positivismo despertaba, Alfredo Espinosa Tamayo escribió una obra titulada *Psicología y sociología del pueblo ecuatoriano* (1918), en la que también analizó la política de la época. A pesar de la vigencia de los personalismos, Espinosa tuvo suficiente criterio para no dejarse cautivar por el “líder” y explicó al país en otros términos, así como a la lucha política entre liberales y conservadores, muy propia de su tiempo, como un asunto de fuerzas sociales diferenciadas, con objetivos e inspiraciones

---

<sup>3</sup> Artículo escrito en noviembre de 2006 en Quito y concluido durante mi estadía en la Universidad de Cádiz, España.

ideológicas diversas. Un ejemplo de análisis antiguo, muy lúcido a pesar de ser incipiente, pero que por lo menos merecería tomarse en cuenta al momento de analizar la política contemporánea.

Así mismo, otro libro pionero sobre el caudillismo en Ecuador, escrito por George I. Blanksten (1951), de todos modos se cuidó -¡y en esa época!- de avanzar más lejos, para entender al caudillo en el contexto histórico en el que se situaba.

En segundo lugar, la idea sobre el “populismo” proviene de aquellos análisis difundidos por medios de comunicación o generados por ciertos intelectuales, que se han concentrado en los mecanismos de las campañas electorales, la imagen y el discurso de los candidatos, todo lo cual despierta particular interés entre empresas encuestadoras, pero sobre todo entre publicistas y expertos en marketing.

Los ofrecimientos retóricos o demagógicos, el uso de las tarimas para el espectáculo popular, la movilización clientelar de las masas, o cualquier otro recurso que apele al sentimentalismo, la pobreza, la inequidad, la injusticia, el imperialismo o las oligarquías, es considerado inmediatamente como “populista”. Y no hay duda que en ello hay mucho de razón, pues uno de los rasgos del populismo es, precisamente, la conducción política sobre bases ajenas a lo que se supone debiera ser la racionalidad en la misma materia.

Una revista, que anhela convertirse en “vanguardia” del análisis político, persistía, por ejemplo, en medio de la campaña electoral, en publicar artículos de “análisis” atendiendo al mejor libreto de errores o aciertos en las campañas, el marketing que rodeó a las diversas candidaturas presidenciales, versiones sobre las insuficiencias de programas o incoherencias en los discursos y hasta estudios de “personalidad”. Empero, los acentos negativos de la revista apuntaban más contra Rafael Correa. En una radioemisora, un psicólogo transpersonal dió su “visión”, afirmando que el país carecía de opciones, pues tenía al frente a dos versiones de Bucaram: uno tipo “Papá Noel” y otro tipo “fashion” o algo por el estilo. Una opinión bastante coincidente con el resentimiento de León Roldós cuando afirmó que para la segunda vuelta el Ecuador estaba como “entre el cáncer y el sida”.

Tampoco hay duda en la historia latinoamericana contemporánea, que el éxito de campaña y, sobre todo, los millones invertidos en ella pueden conducir al triunfo electoral esperado. De manera que una efectiva campaña electoral, sustentada en las inversiones realizadas por el multimillonario Álvaro Noboa aseguró su pase a la segunda vuelta y el riesgo nacional de que alcance la presidencia de la república.

Pero lo que a las ciencias sociales ha interesado sobre los mecanismos populistas en los procesos electorales y en las campañas políticas es la perspectiva de la intermediación entre las masas y el líder o caudillo.

La movilización de masas no es nueva en la historia ecuatoriana. Un caudillo como Ignacio de Veintemilla (1876-1883) practicó un verdadero populismo decimonónico para mantener el apoyo del “pueblo” a su régimen. Después de la Revolución Liberal (1895) el caudillo Eloy Alfaro ya empleó métodos de movilización de masas para las campañas liberales realizadas por él y sus sucesores e incluso cuando era preciso utilizar al pueblo para respaldar las políticas en marcha. La retórica anticlerical alimentó la

movilización popular a favor del laicismo y la secularización institucional. Incluso se utilizaba a los soldados del nuevo ejército liberal para enfilarse contra los conservadores y hasta para impedirles votar. Y el fraude electoral fue practicado largamente por el liberalismo.

Al observar la historia ecuatoriana bien cabe anotar que, a diferencia de lo que suele creerse, la movilización de masas no ha sido tan “mala” y perniciosa. La Revolución Liberal sin duda logró una amplia incorporación popular a la vida política del país. Lo que hizo José María Velasco Ibarra fue, a su vez, una importante incorporación del pueblo tanto en la participación política como, sobre todo, en la lucha a favor de la libertad de sufragio, una conquista por demás tardía en Ecuador.

Lo novedoso en la historia nacional es que Velasco inauguró, desde su primera campaña en 1933, un *estilo político electoral*, un tipo de *discurso* y una forma de recepción de la *movilización popular*, que nadie había empleado con anterioridad, apoyándose, además, en los estratos más bajos y pobres de la población, que el célebre sociólogo Agustín Cueva identificó como *subproletariado*. Y fue Concentración de Fuerzas Populares (CFP, 1949), el primer partido populista del Ecuador, el que institucionalizó los mecanismos de *organización* de masas a través de los comités y centrales cefepistas, la *movilización* mediante desfiles, pancartas, etc. y el *reclutamiento popular* a través del clientelismo y diversidad de métodos para captar afiliados o adeptos, manejando el discurso de la oposición *pueblo/oligarquías*, ya empleado por Velasco. Así, CFP cumplió un importante papel de rescate de la participación popular, que antes fue despreciada por los políticos y que, de algún modo, hizo sentir a las poblaciones pobres y marginadas que efectivamente eran partícipes en la construcción de su propia historia.

Desde el campo de las ciencias sociales, fue Agustín Cueva quien inició, con *El proceso de dominación política en el Ecuador* (1968) el análisis sociológico del velasquismo, al mismo tiempo que con ello inauguró el debate sobre el populismo ecuatoriano, cultivado en años posteriores por un selecto grupo de investigadores. En cambio, Amparo Menéndez-Carrión, en *La conquista del voto* (1986) llamó la atención sobre el fenómeno del *clientelismo*, mecanismo fundamental para la captación de masas a favor de caudillos y partidos “populistas”, cuestionó los estudios basados en este concepto y planteó interesarse por la cultura política. A su vez, Rafael Quintero, con *El mito del populismo* (1980) fue uno de los primeros investigadores en advertir, en polémica con Agustín Cueva, los límites del análisis sobre el populismo. Después la problemática ha continuado bajo esclarecimientos en trabajos tan interesantes como los de Carlos de la Torre Espinosa, quien se ha concentrado en la figura de Velasco Ibarra o Felipe Burbano de Lara, con sus propuestas más generales.

Lo que ha quedado en claro es que el populismo nunca avanzó hacia la transformación de la sociedad, agotándose en la retórica y la movilización. A fin de cuentas el populismo se alimenta de la pobreza, el atraso y la marginación sociales. Pero los mecanismos populistas fueron aprehendidos por todos los partidos y movimientos políticos, de manera que hoy están abiertos al uso de cualquier agrupación, independientemente de su tendencia, posición o ideología (Paz y Miño, 1992). Es más, lo que la modernización ha permitido es la incorporación de nuevos mecanismos populistas para el uso en las campañas electorales. Y también es evidente que el uso populista de las masas conlleva un riesgo potencial: lanzarlas contra los opositores políticos e incluso convertirlas en fuerza de choque, fenómeno que ya era observable en

algunas movilizaciones velasquistas y cefepistas, que fue utilizado desde el poder por León Febres Cordero (1984-1988) y Abdalá Bucaram (1986-1987) y que Lucio Gutiérrez (2003-2005) lanzó contra Quito, desplazando masas agresoras que provocaron el levantamiento ciudadano definitivo que defendió a la ciudad y logró el derrocamiento de su régimen.

En los análisis contemporáneos, Osvaldo Hurtado (2005) no tiene dudas en especificar que el populismo es uno de los ocho problemas de gobernabilidad que afectan a la democracia ecuatoriana. No solo eso. Hurtado asegura que no hay otro país en América Latina con una *cultura populista* tan arraigada como Ecuador. Afirma, además, que el populismo no es propio únicamente de varios partidos políticos, sino de otras organizaciones y dirigentes. De manera que insiste, abiertamente, en el “carácter populista de la sociedad ecuatoriana”.

Osvaldo Hurtado incluso publicó un reciente libro sobre los costos del populismo en Ecuador (2006), que lleva a una conclusión por demás “interesante”: frente a los gobiernos de León Febres Cordero, Rodrigo Borja, Sixto Durán Ballén y Gustavo Noboa, el gobierno de Lucio Gutiérrez es el que mejores logros económicos y sociales demuestra. Por eso, el mismo Lucio Gutiérrez, durante la campaña de primera vuelta, solía hacer referencia a sus éxitos citando el libro de Hurtado, como garantía de análisis “serio”, “objetivo” y “académico”. ¿Serán esos logros de Gutiérrez los que explicarían el indudable triunfo que tuvo su hermano Gilmar y el Partido Sociedad Patriótica (PSP) en el espectro político nacional? Hay que recordar que Gilmar Gutiérrez ocupó el tercer lugar en las elecciones presidenciales de primera vuelta; y que PSP devino, por el número de diputados electos, en la segunda fuerza política del nuevo Congreso. Siendo así, ¿no sería esto una demostración de que el populismo es “bueno” para las masas y que ellas son muy agradecidas con quienes las atienden? A una conclusión de este tipo nos conduce, por ejemplo, el reportaje “El país de Lucio” publicado por la revista Vistazo (1 noviembre 2006).

Así es que, en el Ecuador contemporáneo, las ideas sobre el “populismo” recorren el lenguaje común y campean como calificativo para múltiples fenómenos. Se habla de líderes populistas. De campañas populistas. De partidos populistas. De gobiernos populistas. Y hemos llegado a tal situación en el país que si alguien pretende políticas para beneficio popular o conduce el Estado en una vía distinta al *modelo empresarial* desarrollado en las dos últimas décadas, no puede evitar ser catalogado como gobernante populista. El “populismo” lo explica todo y, al mismo tiempo no explica nada.

Así, pues, supuestamente condenados a candidatos populistas y a una cultura nacional populista, el Ecuador parece entrampado y sin opciones. Es lo que se sostenía en el tiempo para la segunda vuelta electoral.

De manera que a estas alturas del desarrollo de las ciencias sociales ecuatorianas (que, por cierto, atraviesan por una profunda crisis de fundamentos) y del desafío de analizar la coyuntura electoral de la segunda vuelta, se impone, por lo menos, evitar caer en la tentación de hablar de “neopopulismo” o de intentar buscar “nuevos” populismos en el país.

De lo expuesto puede entenderse, por tanto, que existe un *populismo electoral*. Es otro, en cambio, el *populismo gubernamental*. En éste el maestro ni siquiera fue Velasco Ibarra, sino Abdalá Bucaram (1996-1997). Desde el gobierno, este caudillo continuó empleando similares mecanismos populistas a los desplegados en su campaña electoral. Pero mientras esa pantalla escénica funcionaba, su proyecto político se orientaba a profundizar un modelo oligárquico-empresarial *lumpenizado*, si se atiende a ciertas fuerzas sociales que lo soportaban. El populismo gubernamental sin duda ejecuta programas y políticas asistenciales que utilizan la institucionalidad del Estado y sobre todo sus recursos, simplemente para captar o mantener la adhesión de las masas. Y se realiza sin orientación ni racionalidad en la gestión pública, de manera que las consecuencias sobre la vida económica y democrática son caóticas, como lo demostró el propio Bucaram en los seis meses que gobernó.

Pero hay una distancia enorme entre ese comportamiento gubernamental y aquellos otros proyectos políticos que se inspiran en principios sociales fundamentales como el nacionalismo, la soberanía, la participación económica estatal, la redistribución de la riqueza, el fortalecimiento de las economías y organizaciones populares y, en definitiva, la reforma de las realidades derivadas de las herencias históricas del país. Desde luego, como estas políticas cuestionan la visión neoliberal y globalizadora de la economía hegemónica actual, sus opositores las califican como “populistas”, sin serlo.

El simple análisis del “populismo” se queda en la *superficie* de la política, a la hora de investigar la problemática de fondo que es la *disputa por el poder*. Un asunto abordado hace tiempo por las ciencias sociales y que en Ecuador, desde luego, se olvida.

En el campo de las ciencias sociales, tomando en cuenta lo que ocurre en las confrontaciones políticas, bien merecería recordarse al famoso y clásico libro de Maurice Duverger *Los partidos políticos* (1957), que era una fuente obligada de lectura en las universidades ecuatorianas durante las décadas de los sesenta y setenta. Aunque, por supuesto, su teoría respondía a realidades distintas a las latinoamericanas, al menos orientó una idea central: una apreciación fundamentada de la política exige destapar el juego de clases sociales, de fuerzas sociales movilizadas en torno a la captación del poder.

Pero se podría acudir a otro libro, publicado en Ecuador tan solo unos años atrás y cuyo título es *El fantasma del populismo. Aproximación a un tema (siempre) actual* (1998). En él, Aníbal Quijano y José Sánchez Parga insistían en ir más allá del reduccionista fenómeno del populismo para averiguar realmente los intereses sociales en juego, las relaciones políticas, las correlaciones del poder.

Aún más, no es porque los libros lo digan que hay que hacer el esfuerzo por avanzar atrás del “populismo” a fin de comprender el tema de fondo: el **poder**. Estoy convencido que nuestra ciencia social necesita volver simplemente sobre la historia concreta del Ecuador, para comprenderla y avanzar. Entonces habrá mejor perspectiva.

Porque, en definitiva, lo que debiera quedar en claro es que el populismo no es un sistema político, ni un régimen de gobierno o una fase de transición entre la sociedad oligárquica y la sociedad capitalista, como alguna vez se sostuvo en el ámbito latinoamericano. Como se ha expresado en Ecuador y específicamente en el campo político, el populismo es, simplemente, una *forma de hacer la política*. Y puede



presentarse en dos fases distintas: el *populismo electoral* y el *populismo gubernamental*. Comprende fundamentalmente una serie de *mecanismos* políticos: estilo, discurso, recepción de masas, movilización popular, organización, reclutamiento, Desde el gobierno, además, el empleo de iguales mecanismos y apoyo en los recursos estatales para el simple asistencialismo público.

Desde la perspectiva del análisis sobre el poder, sin detenerse en la fascinación del populismo como mero epifenómeno político, en la coyuntura de la segunda vuelta electoral bien cabía preguntar: ¿se enfrentaban realmente dos proyectos distintos de “populismo”: uno de derecha y otro de izquierda? ¿O es que se enfrentaban dos proyectos distintos de país, de sociedad y de nación? Si de todos modos se quiere concluir que, en efecto la candidatura de Rafael Correa no era más que un “populismo izquierdista”, al menos conviene tener presente que el proyecto político que encarnaba Álvaro Noboa representaba los intereses de las capas económicas más poderosas del Ecuador, de los grupos beneficiarios del modelo de desarrollo que el país afirmó en las últimas décadas; que el proyecto noboísta era una continuación de las mismas fuerzas que dieron soporte al gobierno febreescorderista; y que el triunfo de este “enviado de Dios”, como él mismo se calificaba, era un riesgo para la democracia y para la promoción social de la mayoría de los ecuatorianos y ecuatorianas.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Blanksten, George I.,  
1951 *Ecuador: Constitutions and caudillos*, University of California Press, Berkeley and Los Angeles.
- Burbano de Lara, Felipe,  
1998 *El fantasma del populismo. Aproximación a un tema (siempre) actual*, ILDIS, FLACSO, Caracas, Editorial Nueva Sociedad.
- Cueva, Agustín  
(1968) 1973 *El proceso de dominación política en Ecuador*, Quito, Ediciones Crítica.
- Duverger, Maurice,  
1957 *Los Partidos Políticos*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Espinosa Tamayo, Alfredo,  
(1918) 1979 *Psicología y Sociología del Pueblo Ecuatoriano*, Quito, Biblioteca Básica del Pensamiento Ecuatoriano, Banco Central del Ecuador, No. 2.
- Hurtado, Osvaldo,  
2005 *Problemas de gobernabilidad de la democracia ecuatoriana*, Quito, CORDES.  
2006 *Los costos del populismo*, Quito, CORDES.
- Loor, Wlfrido,  
(1947) 1982 *Eloy Alfaro*, Quito, Talleres Gráficos “Minerva”.
- Menéndez-Carrión, Amparo,  
1986 *La conquista del voto. De Velasco a Roldós*, Quito, Corporación Editora Nacional.
- Paz y Miño, Juan,  
1992 *“Los mesías del subdesarrollo”*. Prólogo. Varios autores, *Populismo*, Quito, ILDIS, El Duende, Abya Yala.
- Quintero, Rafael,  
1980 *El mito del populismo en el Ecuador*, Quito, FLACSO, 1980.